
PSICOLOGÍA, DESARROLLO Y SOCIEDAD

ADRIÁN MEDINA LIBERTY

–¿Podría decirme, por favor, qué camino debería tomar para salir de aquí?

–Eso depende mucho del lugar al que quieras ir –dijo el Gato.

–Eso no me importa demasiado –dijo Alicia.

–Entonces, no importa que camino tomes –dijo el Gato.

Alicia en el país de las maravillas, Lewis Carroll.

Comúnmente se piensa que las ciencias sociales, por la naturaleza de su objeto de estudio, el ser humano, sus quehaceres y sus ambientes, se encuentran más estrechamente relacionadas con los cambios históricos y sociales que ocurren en un momento determinado que, si bien nos los ocasiona ni se subordina a ellos por entero, sí trata de seguirlos, fortificarlos o cuestionarlos, según sea el caso. Esta concepción corriente, empero, es equivocada; de hecho, el quehacer de las ciencias naturales, habitualmente consideradas como las más distantes de los cambios sociales, con frecuencia suele impactar más decisivamente a la sociedad, como infortunadamente lo ejemplificaron Hiroshima y Nagasaki, después de la aplicación de la fisión atómica.

En mi propio campo de acción, el de la psicología, el vínculo entre disciplina y sociedad se complica hasta niveles bizarros o indeterminados. ¿Cómo reconocer a un psicólogo? ¿Es el dedicado estudioso de los correlatos cerebrales de la conducta? ¿Es el psicoterapeuta que realiza una práctica privada en su consultorio? ¿Es el investigador que estudia los tiempos de reacción y los procesos de percepción en un laboratorio controlado? ¿Es el asesor que diseña e implementa currículos en el ambiente escolares un psicólogo educativo? ¿Es quien efectúa los análisis de puestos y selecciona el personal para una empresa? ¿Es quien diseña y realiza escalas de actitudes? ¿Es quien formula, realiza y evalúa pruebas psicológicas para determinar el coeficiente intelectual o rasgos de personalidad? ¿Es quien conduce dinámicas de grupo? ¿Es quien trabaja en el campo de

Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México.

amedina@servidor.unam.mx

Último trabajo en *Ludus Vitalis*: "La psicología como un ejercicio moral", vol. XIV, num. 25, 2006, pp. 251-254.

la educación especial? La lista podría ser enorme —y fastidiosa— pero ésta basta para reconocer que en todas las actividades enlistadas, por dispares que pareciesen, se admite la presencia de un psicólogo.

Cuando se inquiere, por tanto, sobre la estrategia —de existir alguna— que la psicología ha implementado —o está implementando— para lograr un desarrollo humano óptimo, la interrogante dificultosamente se orienta hacia ningún punto específico. Naturalmente, existen numerosas asociaciones y sociedades con objetivos precisos y tareas concretas pero cada una, en realidad, se constituye como un universo paralelo —reuniones anuales o bianuales, su propio *journal*, con órganos de difusión y reglamentos internos, etcétera— y resulta complicado evaluar su contribución a la sociedad ya que incluso otros profesionales ajenos a la asociación no poseen acceso a ninguno de sus privilegios, a menos, claro, que se sea miembro.

Los profesionales de la psicología trabajan en sus diferentes áreas mediante una pacífica coexistencia pero con una incómoda heterogeneidad. ¿Cómo, entonces, prefigurar el porvenir? Una pregunta, sin duda, espinosa pero no exenta de una respuesta, al menos tentativa. Si hacemos caso omiso de las diferencias teóricas y metodológicas —inevitables, empero, en cualquier análisis epistemológico— podríamos abstraer un conjunto de preocupaciones generales que, aunque se trate de la coyuntura actual, prefiguran los quehaceres futuros de la psicología.

1. Estudiar las relaciones entre cerebro, mente y comportamiento.
2. Indagar la integración entre la mente, la cultura y el lenguaje.
3. Integración de los datos procedentes de campos temáticos como la motivación, el aprendizaje, la percepción y la personalidad.

Estos tres ejes temáticos incluyen —aunque en modo alguno agotan— un buen número de las inquietudes heurísticas que demandan nuestra atención ahora y seguramente lo harán en el futuro inmediato. El tratamiento de estos núcleos de intereses nos exige dos tareas imposterables: a) se hace menester el trabajo multidisciplinario, ya que las necesidades humanas difícilmente son propiedad de cotos conceptuales privados y, b) continuamente se deben revisar y mejorar las estrategias para que los conocimientos que se vayan generando sean susceptibles de una aplicación social.

Es ineludible ser claro, sin embargo, respecto al papel social de la psicología: ésta, como disciplina, nunca será capaz de generar cambios sociales o políticos; la dinámica de una sociedad es ingénita a dicha sociedad y las disciplinas científicas, sean sociales o naturales, sólo podrán contribuir al desarrollo identificando, siguiendo o fortificando aquellos cambios que sus propios miembros decidan. El psicólogo, como cualquier científico social, está inmerso inevitablemente en un medio social, es parte

de éste y, de algún modo, se desenvuelve en un conocimiento de doble vía: estudia el comportamiento del otro y, al mismo tiempo, se estudia a sí mismo, entonces cualquier aserto sobre ese otro lo autoilumina.

Con frecuencia, se postula que el conocimiento psicológico *debería* ser innovador y acusar de inmediato su valor pragmático, como si esto constituyese un valor en sí mismo. Empero, insisto, las innovaciones psicológicas, ya sean teóricas, metodológicas o tecnológicas, deberían instaurarse como una actividad de apoyo a las transformaciones fundamentales que se estén generando en la sociedad. La profesión es un apoyo, no una fuerza de cambio social ni un partido político. Naturalmente, el profesional de la psicología podría mantener y defender una postura específica ante dichos cambios, ya sea de apoyo o de rechazo, según sean las convicciones personales, pero carece de sentido pretender que una disciplina se convierta en sucedáneo de las reformas económicas, políticas y sociales. ¿Cómo, entonces, entender el futuro de la psicología?

Podríamos citar un caso concreto. Después de los desafortunados efectos del temblor de 1985, un amplio sector de la población quedó devastado, física y psicológicamente y, atinadamente, se inició un programa gratuito de asistencia telefónica que pretendía aminorar los desequilibrios psíquicos que muchas personas experimentaron. La idea era, sencillamente, conversar libremente con aquellas personas que voluntariamente lo solicitaran con el propósito de lograr que vislumbraran un porvenir menos aciago y de referirlas, si fuese necesario, con algún profesional que pudiese darles una atención más personal. En ese entonces, la población civil superó el desordenado y estrecho esfuerzo que el gobierno desplegó, lográndose organizar de manera espontánea y eficaz. La Facultad de Psicología, de manera igualmente franca y oportuna, se sumó a dichos esfuerzos solidarios y orientó su tecnología al servicio de la comunidad. Una vez superada la crisis, la atención telefónica continuó y aún hoy mantiene su vigencia. La psicología no resolvió la crisis pero sí contribuyó, aunque el esfuerzo fuese minúsculo, para su reducción. No es razonable esperar que todo el ejercicio de la psicología se encamine exclusivamente a resolver crisis pero sí es conveniente reflexionar siempre sobre la orientación y pertinencia del trabajo psicológico. De no proceder de una manera más pautada, las actividades del psicólogo se difuminarían en el éter y, como le objetó el Gato a Alicia, carecería de importancia el preguntarnos hacia dónde vamos.